

FRAGMENTOS

Grupo de Lectura

Bombas Gens Centre d'Art | 2017 - 2018

Grupo de Lectura **Bombas Gens**

Amparo Alapont
Maribel Diana
Sonsoles Girón
Amparo Giménez
Vicente Ibáñez
María J. Ruiz
Marlén Vicente

María José Díaz
Soledad Martín
Julia López
Juana Latorre
Manolo Gil
Isolina de Anta
Paco Sellés

María Pilar Jiménez
Nuria Amigo
Emilio García
Nuria Enguita
Ana Valls
Sonia Martínez
Paco Inclán

LECTURAS

OCTUBRE 2017

Vértigo de W. G. Sebald,
vinculada a la exposición *Geografía del tiempo* de Bleda y Rosa.

NOVIEMBRE 2017

Elogio de la sombra de Junichiro Tanizaki,
vinculada a la exposición *¿Ornamento = delito?*

DICIEMBRE 2017

Escritura no-creativa de Kenneth Goldsmith,
vinculada a la exposición *¿Ornamento = delito?*

ENERO 2018

Cuentos de Antón P. Chéjov,
vinculada a la exposición *La blanca de la ballena* de Paul Graham.

FEBRERO 2018

La ciudad sitiada de Clarice Lispector
y el relato *Ni en cap mapa, ni en cap història* de Gori Muñoz,
vinculados a la exposición *Historias de Bombas Gens*.

MARZO 2018

Walden de Henry David Thoreau,
vinculada a la exposición *El pulso del cuerpo. Usos y representaciones del espacio*.

ABRIL 2018

Al sur de Granada de Gerald Brenan,
vinculada a la exposición *Hacia la luz* de Joel Meyerowitz.

MAYO 2018

Desgracia de J. M. Coetzee,
vinculada a la obra de David Goldblatt
en la exposición *El pulso del cuerpo. Usos y representaciones del espacio*.

JUNIO 2018

En el camino de Jack Kerouac,
vinculada a la exposición *Caminando en la península Ibérica* de Hamish Fulton.

Desde el mes de octubre del año pasado hemos estado compartiendo mensualmente la lectura de un libro que, de alguna manera, estuviera vinculado a las exposiciones de Bombas Gens. La presente publicación recoge fragmentos de estos libros, recopilados por los miembros del Grupo de Lectura, a los que queremos agradecer desde aquí su alta sensibilidad y su entusiasta predisposición para compartir sus aportaciones y puntos de vista sobre los libros propuestos. Agradecer igualmente a Emilio García, bibliotecario de la Biblioteca Joanot Martorell de Marxalanes, su colaboración para conseguir los ejemplares de cada título.

Durante este curso, hemos transitado por diversos caminos estilísticos y temáticos que nos han llevado desde la experimentación de la escritura no-creativa a la reivindicación de la figura denostada de un autor de Benicalap (Gori Muñoz), la escritura corpórea de la autora brasileña Clarice Lispector, el vértigo de W. G. Sebald en su ruptura geográfica del tiempo, los peculiares universos —una cabaña a orillas de un lago, un pueblo del sur granadino— de Henry David Thoreau y Gerald Brenan, las inquietantes atmósferas de los cuentos de Chéjov y la novela *Desgracia* de Coetzee, la reivindicación estética de las sombras de Tanizaki o el viaje frenético de Jack Kerouac. Se podría trenzar un diálogo entre todos ellos, al hilo de la secuencia narrativa que nos proponen las exposiciones de Bombas Gens.

La lectura de un buen libro no puede dejarnos indiferentes. Leer es un riesgo, tiene que serlo. Y la socialización de las lecturas supone adentrarse varias veces en una misma historia. Gracias a todas y todos por compartirlas.

Junio 2018

Paco Inclán

DINAMIZADOR DEL GRUPO DE LECTURA DE BOMBAS GENS

Título: *Vértigo*

Autor: **W. G. Sebald**

Lectora: **Nuria Enguita**

Lectura vinculada a la exposición *Geografía del tiempo* de Bleda y Rosa.

«En sus escritos Beyle confiesa haber experimentado una gran desilusión cuando, hacía unos años, revisando papeles viejos, se tropezó de improviso con un grabado titulado *Prospetto d'Ivera* y hubo de admitir que la imagen que había retenido en su memoria de la ciudad bañada por la luz del crepúsculo no era sino una copia de ese mismo grabado. Por eso, aconseja Beyle, no se deberían comprar grabados de hermosos panoramas ni panorámicas que se ven cuando se está de viaje, porque un grabado ocupa pronto todo el espacio de un recuerdo, incluso podría afirmarse que acaba con él».

«En esta ciudad hay un despertar distinto a lo que se suele estar acostumbrado. Porque el día irrumpe en un silencio solo penetrado por gritos aislados, el sonido de una persiana de chapa que se levanta, y el aleteo de las palomas. Cuántas veces, pensaba, habré estado acostado de esta misma manera en una habitación de hotel, en Viena, en Fráncfort o en Bruselas, escuchando, con las manos entrecruzadas detrás de la cabeza, no el silencio, como aquí, sino, con un terror vigilante, el oleaje del tráfico, que ya lleva horas pasando por encima de mi cabeza. Así que esto, vuelvo a pensar, como siempre, es el nuevo océano. Sin cesar, las olas se aproximan a grandes empujones por encima de toda la extensión de las ciudades, cada vez más ruidosas, enderezándose cada vez más, se vuelcan en una especie de frenesí a la altura del ruido y cual oleaje se derraman sobre el asfalto y sobre las piedras, mientras desde las presas que se forman junto a los semáforos, ya comienzan a brotar, bramando, olas nuevas. Al cabo de los años he llegado a la conclusión de que es de este estrépito de donde surge la vida que viene después de nosotros y que nos destruirá paulatinamente, del mismo modo que nosotros destruimos aquello que ya llevaba ahí mucho tiempo con anterioridad a nuestra existencia. Por ello me pareció completamente irreal, como si hubiera de ser desgarrado al instante, el silencio sobre la ciudad de Venecia de aquella temprana mañana del día de Todos los Santos, en la que el aire blanco penetraba por la ventana entreabierta de mi habitación cubriéndolo todo con su velo, de forma que yo yacía como en el centro de un mar de niebla. También W., el pueblo en el que pasé los primeros nueve años de mi vida, siempre había estado envuelto en una niebla muy espesa el día de Todos los Santos y el de las Ánimas. Y todos los habitantes, sin excepción, se ponían sus ropas negras e iban a las tumbas que días antes habían arreglado, retirando las plantas que se habían plantado en

verano, arrancando las malas hierbas, rastrillando los caminos y mezclando hollín con tierra. Durante mi niñez no hubo nada que me pareciera tener más sentido que aquellos dos días de recuerdo a los sufrimientos de los santos mártires y de las pobres almas, en los que las oscuras figuras de los habitantes del pueblo deambulaban extrañamente inclinadas en la niebla, como si sus propias casas les hubieran sido denegadas. Pero lo que año tras año me causaba una impresión especial era comer los “panecillos de ánimas” que Mayrbeck hacía únicamente para este aniversario, uno solo por cada hombre, por cada mujer y por cada niño, ni uno más y ni uno menos. Estos “panecillos de ánimas” estaban cocidos de masa de pan blanco y eran tan pequeños que se podían ocultar fácilmente con una mano cerrada. Cada cuatro formaban una fila. Se les espolvoreaba con harina y recuerdo que una vez el polvo de harina que se me había quedado pegado a los dedos después de haberme comido uno de aquellos “panecillos de ánimas” me había parecido ser una revelación, y que durante la noche del día siguiente estuve excavando con una cuchara de palo en la caja de harina, y que estaba en el dormitorio de mis abuelos, en lo que me figuré sondear secretos ocultos».

Título: ***Elogio de la sombra***

Autor: **Junichiro Tanizaki**

Lectora: **María José Díaz**

Lectura vinculada a la exposición ¿*Ornamento=delito?*

«Siempre que en algún monasterio de Kioto me indican el camino de los retretes, construidos a la manera de antaño, semioscuros y sin embargo de una limpieza meticulosa experimento la extraordinaria calidad de la arquitectura japonesa. Un pabellón de té es un lugar encantador pero lo que sí está concebido para la paz del espíritu son los retretes de estilo japonés. Siempre apartados del edificio principal, emplazados al abrigo de un bosquecillo de donde nos llega un olor a verdor y a musgo; para llegar a una galería cubierta, agachado en la penumbra, bañado por la suave luz de los shoji y absorto en tus ensoñaciones, al contemplar el espectáculo del jardín que se despliega desde la ventana, experimentas una emoción imposible de describir. El maestro Soseki —uno de los novelistas más importantes del siglo XX— contaba entre los placeres de la existencia el hecho de ir a obrar cada mañana, una satisfacción de tipo fisiológico, al amparo de sencillas paredes de superficies lisas donde puedes contemplar el azul del cielo y el verdor del follaje. Cuando me encuentro en dicho lugar me complace escuchar la lluvia suave, el apaciguante

ruido de las gotas al caer del alero o de las hojas de los árboles. En verdad tales lugares armonizan con el canto de los insectos, el gorjeo de los pájaros y las noches de luna. El mejor lugar para gozar de la punzante melancolía de las cosas en cada una de las estaciones».

«De mi madre recuerdo el rostro, las manos. Era muy pequeñita, cinco pies apenas, era la estatura normal de las mujeres de aquella época. Recuerdo el torso de la famosa estatua de Kannon —antiguo convento de mujeres—. Aquel pecho liso como una plancha al que se ciñen unos senos de una delgadez de papel, aquella cintura menos gruesa que el pecho, aquellas caderas, aquella espalda recta, aquel tronco estrecho y delgado hasta resultar desproporcionado con el rostro y los miembros, aquella ausencia de carne que evoca la tirantez de una bola de madera. Geishas y viejas damas que al verlas pienso en la varilla que forma el armazón de la muñeca. El torso no es sino un soporte destinado a recibir el traje y nada más. Estas mujeres están hechas de una superposición de no sé cuántas capas de seda o algodón y si se las despojara de sus vestidos solo quedaría de ellas, una varilla como en las muñecas. Vivían en la sombra y solo eran un rostro blanquecino. Algunos dirán que la falaz belleza creada por la penumbra no es la belleza auténtica. Nosotros los orientales creamos belleza haciendo nacer sombras en lugares que en sí mismos son insignificantes. Creo que lo bello no es una sustancia en sí sino un dibujo de sombras, un juego de claroscuros, pierde su existencia si se le suprimen los efectos de sombra. En una palabra, nuestros antepasados, al igual que los objetos de laca con polvo de oro o nácar, consideraban a la mujer un ser inseparable de la oscuridad. De ahí aquellas mangas largas, aquellas larguísimas colas que velaban las manos y los pies de manera que las únicas partes visibles, la cabeza y el cuello, adquirirían un relieve sobrecogedor».

«Soy totalmente profano en materia de arquitectura pero he oído decir que en las catedrales góticas de Occidente la belleza residía en la altura de los techos y en la audacia de las agujas que penetran en el cielo. Por el contrario, en los monumentos religiosos de nuestro país, los edificios quedan aplastados bajo las enormes tejas cimera y su estructura desaparece por completo en la sombra profunda y vasta que proyectan los aleros. Esto es válido para los templos, palacios y las residencias del común de los mortales. Lo primero que llama la atención es el inmenso tejado y la densa sombra bajo el alero. Tan densa que a veces, en pleno día, en las tinieblas cavernosas que se extienden más allá del alero, apenas se distingue la entrada, las puertas, los tabiques o los pilares. El tejado es como un quitasol que determina en el suelo un perímetro protegido del sol, luego en esa penumbra disponemos la casa. Los rayos de sol

ya entran con mucha dificultad, construimos una galería cubierta para alejar aún más la luz solar.

La belleza de una habitación japonesa se produce por un juego sobre el grado de opacidad de la sombra. Al occidental que lo ve le sorprende esa desnudez y cree estar tan solo ante unos muros grises desprovistos de cualquier ornato, legítimo punto de vista pero que demuestra que no ha captado en absoluto el enigma de la sombra».

Título: ***Escritura no-creativa***

Autor: **Kenneth Goldsmith**

Lector: **Vicente Ibáñez**

Lectura vinculada a la exposición *¿Ornamento=delito?*

«La crítica literaria Marjorie Perloff ha comenzado a emplear el término *genio no-original* para describir esta tendencia emergente en la literatura. Su idea es que, a causa de los cambios gestados por la tecnología y por Internet, nuestro concepto de genio —la figura romántica, aislada— se ha vuelto obsoleto. Una noción contemporánea de genio tendría que enfocarse en nuestro manejo de la información y nuestra capacidad de diseminarla».

«El concepto del *genio no-original* de Perloff no se debería leer solo como una ocurrencia teórica, sino como una práctica de escritura que data de la primera parte del siglo XX, una práctica que encarna una ética donde la construcción o concepción de un texto es tan importante como lo que el texto dice o hace».

«Como resultado, los escritores ahora exploran maneras de escribir que tradicionalmente se consideraban fuera del campo de la practica literaria: el procesamiento de palabras, la construcción de bases de datos, el reciclaje, la apropiación, el plagio intencional, la encriptación de la identidad y la programación intensiva, por mencionar solo algunas».

Título: *Cuentos de Chéjov*

Autor: **Antón P. Chéjov**

Lectoras: **María J. Ruiz y Ana Valls**

Lectura vinculada a la exposición *La blancura de la ballena* de Paul Graham.

Las grosellas

«Échenle un vistazo a esta vida: el descaro y la ociosidad de los fuertes, la ignorancia y la bestialidad de los débiles, alrededor una pobreza imposible, la estrechez, la decadencia, la embriaguez, la hipocresía, la mentira... Entre tanto, en todas las casas y en las calles el silencio, la tranquilidad; de cincuenta mil que viven en la ciudad, ni uno que grite, que se perturbe en voz alta. Vemos a los que van al mercado por productos, comen de día, duermen de noche, dicen sus tonterías, se casan, envejecen, llevan a sus difuntos al cementerio de modo bondadoso; pero no vemos ni oímos a los que sufren, y lo terrible de la vida pasa en algún lugar, entre bambalinas. Todo está en silencio, tranquilo, y solo protesta la muda estadística: tantos se volvieron locos, tantos baldes bebidos, tantos niños murieron de inanición».

«Probablemente ese orden es necesario; probablemente las personas felices se sienten bien solo porque los desdichados llevan su carga en silencio; sin ese silencio, la felicidad sería imposible. Es una hipnosis colectiva. Detrás de la puerta de toda persona satisfecha y feliz debería haber alguien con un martillo que le recordara en todo momento con sus golpes que hay personas desdichadas, que, por muy feliz que uno sea, la vida le enseñará sus garras más tarde o más temprano, que le sobrevendrá alguna desgracia —enfermedad, pobreza, pérdida— y que nadie lo verá ni lo oirá, de la misma manera que él ahora no ve ni oye a los otros. Pero el hombre del martillo no existe, el individuo feliz vive libre de cuidados, las menudas preocupaciones de la vida le agitan tan poco como el viento los álamos, y toda va a las mil maravillas».

Título: *Cuentos de Chéjov*

Autor: **Antón P. Chéjov**

Lectoras: **Juana Latorre y María J. Ruiz**

Lectura vinculada a la exposición *La blancura de la ballena* de Paul Graham.

La dama del perrito

«Había corrido la especie de que en el malecón había aparecido un personaje nuevo: una dama con un perrito. (Anna Serguéievna)

Dmitri Dmítrich Gúrov aún no había cumplido los cuarenta, pero ya tenía una hija de doce años y dos hijos que iban al instituto. Se había casado joven, siendo estudiante de segundo curso, y ahora su esposa parecía mucho mayor que él... en su fuero interno él la consideraba limitada, mezquina y vulgar; le tenía miedo y no le gustaba estar en casa. La engañaba desde hacía tiempo y con harta frecuencia; por eso casi siempre hablaba mal de las mujeres: “Es raza inferior”.

Consideraba que su amarga experiencia le había instruido lo bastante para llamarlas lo que se le antojara; sin embargo, no habría podido vivir dos días sin esa “raza inferior”. En compañía de los hombres se aburría, se encontraba a disgusto, se mostraba taciturno y frío; pero entre mujeres se sentía libre, sabía de qué hablar con ellas y cómo comportarse; en su compañía le resultaba grato hasta guardar silencio... En toda su persona había algo seductor e inefable que predisponía a las mujeres en su favor y las atraía.

Pasó una semana desde el día que se conocieron...

Las mujeres siempre le habían tomado por un hombre distinto del que era; no le habían amado a él, sino a un ser creado por su imaginación, al que habían buscado con avidez a lo largo de sus vidas. Ni una sola había sido feliz a su lado.

Anna Serguéievna y él se querían como personas muy próximas, como marido y mujer, como amigos íntimos; tenían la impresión de que el sino los había destinado el uno al otro y no podían comprender por qué él estaba casado con otra mujer y ella con otro hombre; parecían una pareja de aves migratorias, macho y hembra, a los que hubieran cazado y obligado a vivir en jaulas separadas. Se habían perdonado mutuamente lo que les avergonzaba de su pasado, se lo perdonaban todo en el presente y sentían que su amor los había transformado a ambos».

«Hay tres grados sobre cero y, sin embargo, nieva —dijo Gúrov a su hija—. Solo hay deshielo en la superficie de la tierra; a mucha más altura de la atmósfera la temperatura es distinta completamente.

—¿Y por qué no hay tormentas en invierno, papá?

Y le explicó esto también.

Hablaba pensando que iba a verla a “ella”, que nadie lo sabía y probablemente no se enterarían nunca. Tenía dos vidas: una franca, abierta, vista y conocida de todo el que quisiera, llena de franqueza relativa y relativa falsedad, una vida igual a la que llevaban sus amigos y conocidos; y otra que se deslizaba en secreto. Y a través de circunstancias extrañas, quizá accidentales, resultaba que cuanto había en él de verdadero valor, de sinceridad, todo lo que formaba el fondo de su corazón estaba oculto a los ojos de los demás; en cambio, cuanto había en él de falso, el estuche en que solía esconderse para ocultar la verdad —como, por ejemplo, su trabajo en el banco, sus discusiones en el club, aquello de la “raza inferior”, su asistencia acompañado de su mujer a aniversarios y fiestas—, todo eso lo hacía delante de todo el mundo. Desde entonces juzgó a los otros por sí mismo, no creyendo en lo que veía y pensando siempre que cada hombre vive su verdadera vida en secreto, bajo el manto de la noche. La personalidad queda siempre ignorada, oculta, y tal vez por esta razón el hombre civilizado tiene siempre interés en que sea respetada».

Título: ***La ciudad sitiada***

Autora: **Clarice Lispector**

Lectora: **Soledad Martín**

Lectura vinculada a la exposición *Historias de Bombas Gens*.

«Y así estaba la ciudad a aquella hora.

La tierra junto al agua era rica, fecunda, exhalante. Lucrécia Neves la respiraba con impotencia y delicadeza. De tanto mirar el arroyo su cara se había prendido en una de las piedras que flotaba y se deformaba en la corriente; el único punto doloroso apenas dolía de tanto como flotaba y soñaba en el agua. En poco tiempo ella no sabría si miraba la imagen o si la imagen la miraba, porque así habían sido siempre las cosas y no se sabría si una ciudad había sido hecha para las personas o si las personas habían sido hechas para la ciudad. Ella miraba».

«Pero mientras tenía el rostro sofocado y toda la sala de estar que ella no veía giraba mareada, la joven parecía descubrir que no era de tristeza por lo que gritaba. Es que no podía soportar aquella muda existencia que estaba siempre sobre ella: la sala, la ciudad, el alto grado a que llegaban las cosas en la estantería, el pájaro seco a punto de volar disecado por la casa, la altura de la torre de la fábrica; tanto intolerable equilibrio que solo un caballo sabía expresar encolerizado sobre las patas».

«Allá estaba la ciudad.

Sus posibilidades aterrorizaban. ¡Pero nunca las reveló!

Solo de vez en cuando se partía un vaso.

Si por lo menos la joven estuviese fuera de sus muros. Qué minucioso trabajo de paciencia el de sitiárla. Gastar su vida intentando asediárla geoméricamente con cálculos e ingenio para un día, aunque ya decrépita, encontrar la grieta. Si por lo menos estuviese fuera de sus muros.

Pero no había cómo sitiárla. Lucrécia Neves estaba dentro de la ciudad».

Título: ***La ciudad sitiada***

Autora: **Clarice Lispector**

Lectora: **Sonia Martínez**

Lectura vinculada a la exposición *Historias de Bombas Gens*.

«Pero cuando llegaron a la colina del pasto, Perseu señaló la ciudad con el dedo.

El equilibrio del dedo sobre el vacío, el viento, el viento... Su sombrero de luto voló, él corrió tras él mientras, de repente, el pueblo se manifestaba por fin porque un sombrero había volado con el viento; el muchacho atravesó el alambre espinoso corriendo con los brazos abiertos, la boca delicada mordiendo el aire. Lucrécia lo siguió con los ojos hasta que se perdió de vista... Se puso entonces a esperar sin comprensión, sin incompreensión.

Al rato ella desvariaba un poco, soñaba con pasear sola con un perro y ser vista sobre la colina, como la postal de una ciudad. Lucrécia Neves necesitaba innumerables cosas: una falda a cuadros y un pequeño sombrero del mismo tejido. Hace tanto tiempo que necesitaba sentir cómo la verían los demás con una falda y un sombrero a cuadros, la cintura bien sentada sobre la cadera y una flor en la cintura. Así vestida ella miraría el pueblo y este se transformaría.

Con un perro. De esta manera se componía una visión. La joven no tenía imaginación sino una atenta realidad de las cosas que la hacía casi sonámbula; ella necesitaba cosas para que estas existiesen».

«Pero no era solo ella quien veía. De hecho un hombre pasó y la miró. Ella tuvo la impresión de que él la había visto estrecha y alargada, con un sombrero demasiado pequeño, como en un espejo. Parpadeó perturbada, aunque no supiese qué forma escogería tener; pero lo que el hombre ve es una realidad. Y sin darse cuenta la joven tomó la forma que el hombre había percibido en ella. Así se construían las cosas. Se volvió modesta hacia Perseu —como una persona alargada— tendiendo la mano, sacándole un hilillo de la chaqueta. Indagaba el rostro de Perseu, mirándole insistentemente, como el hombre que pasó comprendería que ella mirase».

«El valor, sin embargo, era decidirse a comenzar. Mientras no empezase la ciudad seguiría intacta. Y bastaría empezar a mirar para romperla en mil pedazos que no sabría juntar después».

Título: *Ni en cap mapa, ni en cap història*

Autor: **Gori Muñoz**

Lectora: **Julia López**

Lectura vinculada a la exposició *Historia(s) de Bombas Gens*.

Els banys

«Pel matí i a la tardoreta el toll era nostre. La colla de xiquets invadia la séquia. A l'ombra dels arbres, una nombrosa faramalla cridava, plorava o reia. La cigala cantava amb escandalós frenesí i la flor de la cicuta omplia l'ambient d'una olor espessa i dolça, la frescor de les fulles de trèvol al contacte amb la pell embrunida pel sol donava una inigualable i plaent sensació, i els baladres florits donaven gràcia al paisatge.

Per a nosaltres el *trajo* de bany no existia. Era el primitiu model que l'home lluïa en la creació de la humanitat: “en porreta”, com els xiquets pintats per Sorolla en la Malvarrosa, no calia altra varietat per a capbussar-se. Ningú tenia coneixement dels estils de natació. Les formes per a *mantindre's* surant en l'aigua eren en veritat ben poquetes i primàries: la planxa, *a lo gos* i *a lo mariner*».

L'Acadèmia de Sant Tomàs

«Els meus pares compregueren els pobres recursos amb què comptava la pobreta escoleta rural i m'enviaren a València, a un col·legi de *pago*: l'Acadèmia de Sant Tomàs, Landerer 4, un del més afamats de la ciutat i situat en la part més evocadora de València. Allí, en les partides del Carme cantonada al carrer Baix, es podia veure, viva com una relíquia del passat, el municipal Panxeta, un bon home, blanc de les bromes dels xiquets. Barri menestral, tot i tenia el caire d'un sainet d'Escalante, alegre i colorit. La València del quatre-cents amb els seus escuts nobiliaris tallats en pedra que s'amuntonaven en el carrer de Cavallers; finestres i portes gòtiques, pous i escales senyorials amb valuoses ceràmiques maniseres. El Palau de la Generalitat, tota la València carregada d'història: l'Almodí, la casa de l'Almoïna, Trinquet de Cavallers, casa de les Roques, torres de Serrans.

Allí, a cinquanta passos d'una de les tres portes de l'antiga muralla, el Portalet de Valldigna i al costat, una làpida ens dirà que allí estigué la primera impremta que s'instal·là en Espanya».

Título: ***Walden***

Autor: **Henry David Thoreau**

Lectora: **Sonsoles Girón**

Lectura vinculada a la exposició *El pulso del cuerpo. Usos y representaciones del espacio*.

«Cuando estamos sin prisa y somos prudentes, percibimos que solo las cosas grandes y dignas tienen una existencia permanente y absoluta; que los temorcillos y los placeres despreciables no son sino la sombra de la realidad».

«Acumulando propiedad para nosotros o nuestra posteridad, fundando una familia o hacienda, o hasta adquiriendo fama, somos mortales; pero cuando tratamos con la verdad, somos inmortales y no debemos temer ningún cambio o accidente».

«Los hombres y los jóvenes aprenden todo tipo de oficios, pero no cómo convertirse en hombres. Aprenden a levantar casas, pero no están bien alojados, no son felices en sus casas, como lo es una marmota en su hoyo. ¿De qué vale una casa si no dispones de un planeta decente donde levantarla, si no soportas el planeta en el que está?».

«Calentemos el espíritu, realizando acciones nobles, no buscando innoblemente el aplauso y la admiración de aquellos que son mejores que nosotros».

«No leáis los tiempos sino permaneced atentos a la eternidad».

«Nunca el día es demasiado oscuro, ni siquiera la noche, pues al menos las leyes de la luz prevalecen y consiguen iluminar nuestro entendimiento, si está abierto a la verdad».

Título: *Al sur de Granada*

Autor: **Gerald Brenan**

Lector: **Maribel Diana**

Lectura vinculada a la exposición *Hacia la luz* de Joel Meyerowitz.

«Entre los bailes se intercalaban canciones. Un zagal se sentaba en una silla baja y apoyaba la frente sobre sus manos. Entraban las guitarras y súbitamente brotaba como un chorro de agua una voz penetrante, como un lamento de estupor o desesperación, que se mantenía flotando en una sensación de borbotones y trinos hasta desaparecer gradualmente en un débil gemido. Tal es el famoso cante jondo o cante andaluz, más conmovedor cuando lo canta la gente inculta del campo que cuando lo entonan los profesionales de las salas de fiestas».

«En mi pueblo, a lo lejos, sobre el valle de Mecina, a dos o tres horas de camino, había una zona de carrascas dispersas; era todo lo que quedaba del monte o robledal que antaño cubriera la ladera más allá del área del castañar. Poco más lejos tenía don Fadrique su vaquería, con unas setenta cabezas de ganado, un rebaño de cabras y unas pocas ovejas. Solía yo ir de vez en cuando a aquel lugar con la excusa de estudiar ejemplares botánicos que bordeaban el riachuelo, en cuyas glaciares aguas, que descendían de los neveros, podía uno tomar un baño. Aquí vivía Juan el Mudo, así llamado porque su padre era mudo, un hombre alto y atlético que se había casado con la garrida Araceli, la última doncella de doña Lucía, y trabajaba en la vaquería.

Don Fadrique me tenía reservada una habitación, y cuando yo deseaba cambiar un poco mi vida aldeana solía ir con ellos y ocupaba aquella pieza. Descubrí que no hay nada como romper unos días la monotonía y alejarse de los libros para retornar con nuevo brío. Durante el día, la soledad y el vacío

del valle montañoso empapaban mi mente; buscaba flores —una vez encontré bajo una cascada el nido de un martín pescador— y miraba las águilas y los halcones volando en círculos sobre mi cabeza.

Después regresaba por la tarde a sentarme al lado de un fuego de troncos junto al silencioso Juan, el tranquilo y barbudo Felipe, vestido de harapos, y dos huraños pastorcillos, que no despegaban los labios. Cuando, después de pasar unos pocos días allí, regresaba al pueblo, tenía la impresión de volver a una capital».

Título: *Al sur de Granada*

Autor: **Gerald Brenan**

Lector: **Maribel Diana y Nuria Amigo**

Lectura vinculada a la exposición *Hacia la luz* de Joel Meyerowitz.

«—¿De verdad?... —dijo, y comenzó a llenar su pipa. Después, con una entonación diferente, añadió— Quiero preguntarle una cuestión más personal. Me pregunto si tiene dificultades en hacer que le respeten en este país.

Con bastante tacto le dije que jamás me había parado a pensarlo.

—Permítame decir —replicó— que está cometiendo un grave error. Hay que pensar en eso. En este país o respetan a un hombre o le tratan como a una porquería. No hay punto medio. Como británico considero conveniente procurar ser respetado siempre que estoy en el extranjero.

Hubo otro silencio prolongado. Lentamente sorbimos nuestro whisky.

—Estos llamados españoles —comenzó de súbito— jamás podrían equipar y situar en alta mar una gran armada como aquella que navegaba todos los años al istmo de Panamá. No, ni siquiera me los puedo imaginar intentándolo. Han perdido su vigor, y nada les queda de su pasado orgullo y coraje.

Los tiempos han cambiado —le dije.

—Desde luego, y los pueblos y las razas. Esto no es más que una pequeña aldea, en la que vivo, un diminuto lugar perdido como el que podría

encontrar en muchos sitios de Escocia. Pero he encontrado aquí mucha degeneración, sí, una profunda degeneración. Y una ignorancia aún más terrible. Es una regla fija: en el curso de mis viajes, siempre he hallado que dondequiera que vayan los curas les sigue la degeneración y la ignorancia. Supongo que no es usted católico.

— No. Protestante.

— Choque la mano. Hace doscientos años que esta gente nos hubiera quemado a los dos. Ahora todo lo que quieren es nuestro dinero.

— ¿Ha visitado otras partes de España? —le pregunté.

— He estado en Madrid. Y he vivido aquí. Y no he sentido tentación alguna de viajar a ningún otro sitio de este país.

— ¿Pero le gusta vivir aquí?

Entonces volvió el recelo a su rostro y me miró sin contestarme.

— A mí me gusta mucho —le dije.

— ¿De veras? Bueno, no voy a discutir que hay peores lugares en el mundo que estas montañas. De todos modos, algunos dirán que están retiradas. Aquí un hombre puede ser él mismo».

Título: *Desgracia*

Autor: **J. M. Coetzee**

Lectora: **Isolina de Anta**

Lectura vinculada a la exposición *Geografía del tiempo* de Bleda y Rosa.

«—Eres un verdadero encanto —le dice—. Voy a invitarte a hacer una temeridad —vuelve a rozarla—. Quédate. Pasa la noche conmigo.

Ella lo mira con firmeza sin apartar la taza de sus labios.

— ¿Por qué?

— Por qué debes. La belleza de una mujer no le pertenece solo a ella. Es parte de la riqueza que trae consigo al mundo. Su deber es compartirla.

Él todavía tiene la mano apoyada en la mejilla de ella. Ella no se retrae pero tampoco cede.

— ¿Y si ya la compartiera? —en la voz se le nota que está casi sin aliento. Siempre es excitante ser cortejada, excitante, placentero.

— Entonces deberías compartirla más aún.

Palabras suaves, lisonjeras, tan antiguas como la seducción misma. Sin embargo en ese momento él cree en esas palabras. Ella no es dueña de sí misma. La belleza no es dueña de sí misma.

— De los más bellos seres de la creación deseamos más aún —dice— para que la belleza de la rosa jamás muera.

No ha sido una buena iniciativa. La sonrisa de ella pierde su calidad juguetona y móvil. El verso pentámetro, cuya cadencia tan bien sirvió para endulzar las palabras de la serpiente, ahora solo consigue crear un efecto de extrañeza. Ha vuelto a ser el profesor, el hombre libresco, el guardián de los tesoros de la cultura.

— Tengo que marcharme, me están esperando.

— ¿Quieres que te acompañe a casa?

—No.

—Muy bien. Como quieras. Buenas noches —se acerca a ella, la abraza. Por un instante llega a sentir los pequeños pechos de ella contra sí. Acto seguido ella se escurre de su abrazo y desaparece».

«Fijaos en el verso 593 de Wordsworth. Escribe acerca de los límites de la percepción sensorial... A medida que los órganos sensoriales llegan al límite de su poder perceptivo, sus luces van apagándose.

No obstante en el momento que expira, esa luz vuelve a aumentar una vez más, como aumenta la llama de una vela, y así nos permite atisbar lo invisible... Wordsworth parece avanzar a tientas hacia una suerte de equilibrio, ya no se trata de la idea pura, ni de la imagen impresa en la retina, que nos abrumba y nos decepciona, sino de la imagen sensorial, tan fugaz como posible, instrumento susceptible de agitar o activar la idea que yace enterrada, en el terreno de la memoria...

—Es como estar enamorado —dice—. Para empezar si fuerais ciegos no os habríais enamorado nunca. Sin embargo ¿De veras tenéis el deseo de ver a la amada a la fría claridad del aparato visual? Tal vez fuera preferible tender un velo sobre la mirada, de modo que la amada siguiera viviendo en su forma arquetípica. Como una diosa...

¿Arquetipos? Parecen decirse, ¿diosas? ¿De qué está hablando este? ¿Qué sabrá este vejstorio del amor?».

«—Tal vez el animal haya entendido más de lo que usted supone... Tal vez ya haya pasado por eso. Haya nacido con ese conocimiento. En fin de cuentas esto es África. Aquí hay cabras desde el origen de los tiempos. Nadie tiene que explicarles para qué sirve el acero o el fuego. Saben cómo les sobreviene la muerte a las cabras. Están preparadas desde que nacen.

—¿Usted cree? —dice ella—. Yo no estoy tan segura. Yo no creo que ninguno estemos preparados para morir, y menos aún sin alguien que nos haga compañía».

Título: *En el camino*

Autor: **Jack Kerouac**

Lectora: **Amparo Giménez**

Lectura vinculada a la exposición *Caminando en la península Ibérica* de Hamish Fulton.

«Nada más salir de Gregoria la carretera empezó a descender, a ambos lados se alzaban grandes árboles y, como oscurecía, oímos el ruido de billones de insectos que hacían un sonido constante.

— ¡Vaya! —dijo Dean, y encendió los faros y no funcionaban—. ¿Qué pasa? ¡Coño! ¿Qué hostias pasa? —y golpeó enfadado el salpicadero—. Tendremos que ir a través de la selva sin luces, ¡fijaos qué horror! Solo veré cuando tenga otro coche y por aquí *no hay coches*. Y tampoco luces, claro. ¿Qué coño podemos hacer?

— Podemos seguir. Aunque quizá fuera mejor volver...

— ¡No! ¡Nunca! ¡Nunca! Seguiremos. Casi no puedo ver la carretera. Pero seguiremos.

Y salimos disparados por aquella oscuridad entre el chirrido de los insectos y un olor intenso, rancio, casi a podrido, y recordamos y comprobamos que en el mapa se indicaba que inmediatamente después de Gregoria empezaba el Trópico de Cáncer.

— Estamos en un trópico nuevo —gritó Dean—. No es de extrañar este olor. ¡Oledlo!

Saqué la cabeza por la ventanilla; varios bichos me chocaron contra la cara: un agudo e intenso chirrido llegó hasta mí en el momento en que levanté la cabeza. De repente los faros funcionaron y perforaron las sombras de delante, iluminando la solitaria carretera que discurría entre sólidos muros de frondosos y retorcidos árboles de más de treinta metros de altura.

— ¡Qué hijoputa! —gritaba Stan en el asiento de atrás—. ¡Qué cabronazo! —todavía estaba alto. Sí, de pronto comprendimos que seguía alto y que la selva y las dificultades carecían de importancia para él. Nos echamos a reír todos».

Título: *En el camino*

Autor: **Jack Kerouac**

Lector: **Emilio García**

Lectura vinculada a la exposición *Caminando en la península Ibérica* de Hamish Fulton.

«Había estado estudiando mapas de los Estados Unidos en Paterson durante meses, incluso libros sobre los pioneros y saboreando nombres como Platte y Cimarron y otros, y en el mapa de carreteras había una línea larga que se llamaba Ruta 6 y llevaba desde la misma punta del Cabo Cod directamente a Ely, Nevada, y de allí bajando hasta Los Ángeles, solo tenía que mantenerme en la 6 todo el camino hasta Ely, me dije, y me puse en marcha tranquilamente. Para llegar a la 6 tenía que subir hasta el Monte del Oso. Lleno de sueños de lo que iba a hacer en Chicago, en Denver, y por fin en San Francisco, cogí el metro en la Séptima Avenida hasta el final de línea en la calle 243, y allí cogí un tranvía hasta Yonkers; en el centro de Yonkers cambié a otro tranvía que se dirigía a las afueras y llegué a los límites de la ciudad en la orilla oriental del río Hudson. Si tiras una rosa al río Hudson en sus misteriosas fuentes de los Adirondacks, podemos pensar en todos los sitios por los que pasará en su camino hasta el mar... imagínese ese maravilloso valle del Hudson. Empecé a hacer auto-stop. En cinco veces dispersas llegué hasta el deseado puente del Oso, donde la Ruta 6 traza un arco desde Nueva Inglaterra. Empezó a llover a mares cuando me dejaron allí. Era un sitio montañoso. La ruta 6 cruzaba el río, torcía y trazaba un círculo, y desaparecía en la espesura. Además de no haber tráfico, la lluvia caía a cántaros y no había ningún sitio donde protegerme. Tuve que correr bajo unos pinos para taparme, no sirvió de nada; me puse a gritar y a maldecir y golpearme la cabeza por haber sido tan idiota. Estaba a sesenta y cinco kilómetros al norte de Nueva York; todo el camino había estado preocupado por eso: el gran día de estreno solo me había desplazado hacia el norte en lugar de hacia el ansiado oeste. Ahora estaba colgado en mi extremo norte. Corrí medio kilómetro hacia una estación de servicio de hermoso estilo inglés que estaba abandonada y me metí bajo los aleros que chorreaban. Allí arriba, sobre mi cabeza, el enorme y peludo Monte del Oso soltaba rayos y truenos que me hacían temer a Dios. Todo lo que veía eran árboles a través de la niebla y una lúgubre espesura que se alzaba hasta los cielos.

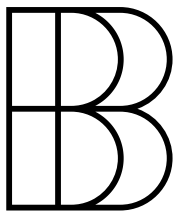
—¿Qué coño estoy haciendo aquí? —grité y pensé en Chicago—. Ahora estarán allí pasándoselo muy bien y haciendo de todo y yo estoy aquí... ¡Quiero llegar ya!

Seguí con cosas así hasta que por fin se detuvo un coche en la vacía estación de servicio; el hombre y las dos mujeres que lo ocupaban querían consultar un mapa. Me puse delante gesticulando bajo la lluvia, hablaron entre sí; yo parecía un maniaco, claro, con el pelo todo mojado, los zapatos empapados. Mis zapatos, soy un maldito idiota, eran huaraches mexicanos, de suela de esparto, lo menos adecuado para una noche lluviosa en América y la dura noche en la carretera. Pero me dejaron entrar y volvimos a Newburgh, cosa que acepté como alternativa preferible a quedar atrapado en la espesura del Monte del Oso toda la noche.

— Además — dijo el hombre —, casi no circula nadie por la 6. Si quiere ir a Chicago lo mejor es que coja el Túnel Holland en Nueva York y se dirija a Pittsburg.

Me di cuenta de que tenía razón. Era mi sueño que se jodía, aquella estúpida idea provinciana de que sería maravilloso seguir una gran línea roja que atravesaba América en lugar de probar por distintas carreteras y rutas.

En Newburgh había dejado de llover. Bajé caminando hasta el río y tuve que volver a Nueva York en un autobús con un grupo de maestros de escuela que regresaban de pasar un fin de semana en las montañas. Bla, bla, bla y yo soltando tacos por todo el tiempo y el dinero que había malgastado, y diciéndome que quería ir al oeste y aquí estaba tras pasar el día entero y parte de la noche subiendo y bajando, hacia el norte y hacia el sur, como si fuera algo que no podía empezar a hacer. Y me prometí estar en Chicago al día siguiente, y para estar seguro de ello cogí un autobús hasta Chicago, gastando gran parte de mi dinero, y no me importó para nada, solo quería estar en Chicago al día siguiente».



BOMBASGENS
CENTRE D'ART

Bombas Gens
Centre d'Art

Avinguda Burjassot, 54

46009 València

T. (+34) 963 463 856

info@bombasgens.com

bombasgens.com



FUNDACIÓ
PER —
AMOR A
— L'ART

Es la entidad dedicada al arte, la investigación y la ayuda social que financia esta iniciativa.